

# Belinda Bauer

## EXIT

Traducido del inglés por Pilar de la Peña Minguell

Título original: *Exit*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Belinda Bauer, 2021  
© de la traducción: Pilar de la Peña Minguell, 2022  
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-1362-725-0  
Depósito legal: M. 7.596-2022  
Printed in Spain

*A Sarah Adams, mi editora amable, inteligente, paciente y única*



# Primera parte



## El encargo

---

La llave estaba debajo del felpudo.

Como de costumbre.

La previsibilidad reconfortaba a Felix Pink, aunque el resultado previsible fuera la muerte.

—Vamos allá —dijo Chris metiendo la llave en la cerradura.

Chris hablaba demasiado, pero Felix nunca se quejaba. Imaginaba que eran los nervios. Él hacía tiempo que no se ponía nervioso. Se aclaró la garganta, se ajustó los puños y siguió a su cómplice adentro.

La casa olía a ese polvillo que recubre el interior de los botecitos de pastillas. A menudo era así.

Se quedaron en el recibidor y Chris gritó: «¿Hola?».

Solo se oía el tictac de algún reloj de pared. No era un reloj auténtico, se notaba, sino uno de esos a pilas que imitan sin éxito a los de verdad para que quienes los compran piensen que se han gastado un dineral en una reliquia.

Reparó en un papelito que había en el tercer escalón, plegado en forma de tienda de campaña como las tarjetas que indican su sitio a los comensales de una boda.

«ARRIBA»

Lo cogió y se lo enseñó a Chris, que empezó a subir las escaleras. Felix se detuvo un instante para plegar el papelito varias veces y guardárselo en el maletín; luego se agarró a la barandilla. Era de na-

tural cauto, pero, cuando tenía entre manos un encargo, su cautela se convertía en un esfuerzo consciente.

Chris lo esperó en el descansillo.

—¿Hola?

—Hola —respondió una vocecilla.

En el gran dormitorio principal había un hombre en cama, incorporado sobre unas almohadas, de cara al mirador, por el que se veía una ventana similar en la acera de enfrente.

—¿Rufus Collins? —preguntó Felix. El enfermo asintió sin entusiasmo—. Soy John y este es Chris.

Collins asintió de nuevo, como si supiera por qué estaban allí, y cerró los ojos.

Felix había optado por hacerse llamar John porque le sonaba competente. Margaret había tenido un doctor llamado John Tolworth que había sido competente bastante tiempo, hasta que la muerte se lo llevó por delante.

Al final se los llevaba a todos.

Ignoraba el verdadero nombre de Chris. Era preferible así.

Había una silla junto a la cama. Felix se sentó en ella y dejó el maletín en el suelo, a su lado. No había sitio en la mesilla de noche con tanta pastilla y tanto clínex.

El cilindro ya estaba allí, metálico, de un gris apagado; una especie de pequeña escafandra autónoma conectada con un tubo transparente a una mascarilla nasobucal de goma sujeta por debajo de la barbilla del enfermo con una goma añeja que le pasaba por la nuca y por encima de las orejas y se las plegaba un poco. Una mano huesuda cubría la mascarilla de forma protectora, como si alguien fuera a robársela.

—Voy a por otra silla —dijo Chris, y salió de la habitación.

Felix miró a Collins desde arriba. Era mayor, pero probablemente no mayor que él, que ya tenía setenta y cinco años. En cambio, aquel hombre estaba enfermo y se le notaba, porque aparentaba un siglo, con aquella piel cetrina, tan tersa en las mejillas y en la frente



que parecía a punto de rajarse. Le borboteaban las flemas en la garganta como si necesitara toser pero no tuviera fuerzas para hacerlo.

Chris entró jadeando cargado con una sillita de madera y la soltó al otro lado de la cama provocando un fuerte ruido.

Collins abrió los ojos y agarró fuerte la mascarilla.

—Perdón —se disculpó Chris.

El enfermo volvió a cerrar los ojos.

Y los otros esperaron.

La casa estaba tan silenciosa que Felix oía el falso tictac de la planta baja. De vez en cuando, pasaba algún coche por la calle y Collins inspiraba. Cada inspiración era distinta de la anterior, como si redescubriera aquel ejercicio e intentara averiguar cuál era la mejor forma de hacerlo: algunas eran cortas y trabajosas; otras, largas y sibilantes. Lo único constante era aquel burbujeo gutural.

Felix cruzó las manos en el regazo, como un cura, y esperó.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Chris mirando la puerta.

—No hay prisa —contestó Felix sin consultar siquiera el reloj.

Era cierto. Solía pasar. Rara vez ocurría enseguida. A veces ni siquiera pasaba...

Sucedería o no.

Podrían o no.

El resultado final era, eso sí, inevitable, pero un exitero debía saber ser paciente.

Felix siempre había tenido mucha paciencia. De hecho, había barajado la posibilidad de hacerse llamar Job en vez de John, pero eso habría despertado unas sospechas que John no infundía. Y había que evitar las sospechas a toda costa.

Aun así, esperó con la paciencia del santo Job. Lo hicieron los dos.

Una hora.

Dos.

Felix debía evitar el sopor. Le costaba dormir por la noche, pero a menudo se quedaba traspuesto durante el día. Aunque nunca du-

rante un encargo. Estudió las estanterías y evocó el argumento de los libros que había leído: Dickens, Tolkien... Le vino a la memoria su boda y trató de recordar a todos los invitados. Chris hizo un sudoku con la ayuda de unas bifocales que se le asían con desesperación a la punta de la nariz. Felix nunca se había llevado bien con las bifocales. La óptica, la señora... Nosequé, le había dicho que tenía muy bien la vista para su edad, y eso lo consolaba. Había perdido un botón del puño de la camisa, ¡qué fastidio!, pero siempre guardaba los botones de repuesto, con lo que seguramente tendría alguno que le valiera...

Contuvo un bostezo por deferencia hacia el enfermo, pero echó de menos la sensación de alivio que aquel ejercicio le habría producido a su sistema respiratorio. Había leído que, cuando empezó a utilizarse la ventilación mecánica con los primeros pulmones de acero, los pacientes morían aunque estuvieran respirando porque no se había contado con la necesidad de suspirar de vez en cuando. No bastaba con respirar. Confiaba en que el dato fuera fidedigno. Ya no podía uno fiarse ni de la ciencia impresa.

Pasaban niños por la calle. La salida de clase. Curiosamente, Felix lo recordaba ahora mejor que nunca: el paso cansino, la mochila pesada, las riñas de broma que terminaban siendo en serio, mirarse los zapatos arañados y las rodillas raspadas, y oírse el rugido del estómago, que anhelaba la merienda...

Sin hacer ruido, Felix se puso el maletín en las rodillas.

Collins abrió los ojos y lo miró.

—¿Le importa que coma? —preguntó Felix muy educado.

—Adelante —susurró el enfermo, discretamente divertido.

—¿Quiere que le traiga algo de comer o de beber?

El otro negó con la cabeza de forma casi imperceptible.

Felix sacó un termo rojo de cuadros escoceses y algo envuelto en papel de aluminio que resultó ser un sándwich de pan blanco y mermelada de fresa, una preferencia pueril de la que no había logrado librarse aun siendo ya un adulto hecho y derecho.

Había vivido la época del racionamiento.

El hombre que estaba tendido en la cama lo observó mientras se comía el sándwich y se bebía el té.

El bullicio de los niños se fue extinguiendo.

Prosiguió el falso tictac del reloj.

A Chris se le descolgó la cabeza sobre el pecho y se le abrió la boca.

Felix se terminó el sándwich y el té, sacó un clínex limpio del bolsillo, secó la tacita del termo y volvió a enrosclarla; después dobló con esmero el papel de aluminio para reutilizarlo. Guardó ambas cosas y el clínex usado en el maletín y lo cerró despacio.

Antes de que le diera tiempo a encajar el cierre, Collins se levantó la mascarilla para hablar.

—Gracias —murmuró, y murió.

Prepararon el parte en una cafetería cercana.

No había mucho que hablar, pero Chris pidió un sándwich mixto, una porción de bizcocho de café y un capuchino grande. Como Felix ya había comido, pidió un té para acompañarlo.

—Voy a dejarlo —dijo Chris mientras llegaba la comida, y esperó, como pensando que su compañero se lo iba a discutir, pero, al ver que no lo hacía, continuó—. Empieza a ser demasiado para mí, tanta muerte.

Felix meneó la bolsita de té en la tetera.

—Bueno... —dijo como si fuera a comentar algo, pero no lo hizo y dejó la palabra flotando entre los dos.

En el fondo, no se lo reprochaba. Le entristecía que se fuera, claro, pero no tendría más que acostumbrarse a otra persona. Además, parecía que Chris estaba renunciando a una labor importante. No eran muchos. Geoffrey siempre se lo recordaba cuando lo obsequiaba con alguna de aquellas llamadas telefónicas interminables a última hora de la noche: «Hacen falta más como nosotros. Hombres

buenos dispuestos a arrimar el hombro. Porque, si no lo hacemos nosotros, ¿quién lo va a hacer? Dime, Rob. Si no somos nosotros, ¿quién?».

Geoffrey solía llamarlo Rob. Muchas veces le parecía que estaba ebrio, pero tampoco se lo reprochaba: tenía párkinson y necesitaba muletas y a veces hasta silla de ruedas, así que, a su juicio, tenía derecho a emborracharse mientras fuera capaz de llevarse una copa a los labios sin derramarla.

No lo conocía en persona, claro. Ni siquiera sabía dónde vivía. Los exiteros cuidaban mucho el anonimato. Geoffrey los instaba a usar seudónimos y siempre le decía a Felix que, cuando hablara por teléfono, no dijera nunca que representaba a la organización: «Protégenos a todos, Rob —farfullaba—. Un secreto compartido es un secreto a voces».

Había sido Geoffrey quien había decidido llamarlos «exiteros». «Como los mosqueteros, ¿sabes? —le había dicho a Felix en más de una ocasión—. Todos para uno y uno para todos. A fin de cuentas, no todo el mundo puede permitirse ir a Suiza.» Y Felix se había preguntado si eso significaba que Geoffrey no se lo podía permitir.

Una sargentona de mujer con el pelo recogido en un moño dorado les puso afanosa la comida en la mesa. Felix escapó de sus pensamientos y volvió a la cafetería.

—¿Qué te parece? —preguntó Chris como si quisiera que lo disuadiera, pero Felix se cuidó mucho de hacerlo.

Trabajar para Exit era sobre todo una cuestión de derechos y eso significaba que su compañero tenía derecho a abandonar la organización, como sus clientes tenían derecho a abandonar la vida, sin que los juzgaran o los cuestionaran, sin que se empeñaran en convencerlos de lo contrario.

Además, si Chris quería dejarlo, era porque ya no tenía madera de exitero.

Porque había perdido la constancia.

La constancia ya no estaba de moda, pero era una cualidad que Felix siempre había admirado. Le gustaba pensar que había sido un marido constante para Margaret, aun cuando ella lo había dejado solo, con la única compañía de los recuerdos juntos.

Aun después de eso.

—¿John?

—¿Sí?

Felix se quedó en blanco un segundo hasta que recordó que Chris le había preguntado qué le parecía que dejara la organización. Se aclaró la garganta y contestó:

—Lo entiendo perfectamente.

Y Chris asintió agradecido, como si Felix hubiera respaldado de forma activa su decisión; luego le dio un mordisco enorme a su sándwich mixto y un hilo de queso fundido que le colgaba del labio inferior se enroscó y acabó en su corbata azul marino. Aquello puso nervioso a Felix, que, sin embargo, se contuvo de limpiárselo porque Chris no era su hijo. El otro se terminó el sándwich sin más incidentes con el queso, se comió el bizcocho y se bebió el capuchino.

La organización los instaba a que fueran a hacer los encargos en transporte público para que las cámaras de seguridad no los grabaran en sus vehículos particulares, así que caminaron juntos a la estación de Bristol Temple Meads, donde Chris le estrechó la mano y le deseó buena suerte, y Felix le contestó algo parecido. Después, el otro fue a coger el tren de vuelta a casa. Vivía por Winchester, creía Felix, aunque no estaba seguro. Él recorrió los poco más de tres kilómetros que lo separaban de la estación de autobuses y cogió el suyo a North Devon.

Mabel lo esperaba en el recibidor con mirada asesina. Había un charco junto a la puerta de servicio.

Le estaba bien empleado, supuso. Se miró el reloj: llevaba nueve horas fuera. La próxima vez se la dejaría a la señorita Knott, la veci-

na de al lado, que siempre interrumpía sus paseos con Mabel para hacerle caricias, como si fuera una perra de concurso, en vez de un chucho greñudo con un aliento capaz de decapar paredes.

Abrió la puerta del jardín y, antes de salir toda digna, Mabel le dedicó una mirada fulminante para dejarle claro que ya era tarde.

Felix limpió el pis con la sección de deportes del *Telegraph* del día anterior y una botella de lejía. Luego se lavó las manos, puso el maletín en la mesa de la cocina y sacó el termo, lo lavó y colocó en el escurrerplatos, bocabajo, las dos piezas que lo componían. Desdobló el papel de aluminio en el que se había llevado envuelto el sándwich, sacudió las migas y le quitó una manchita de mermelada con una bayeta desechable. A continuación volvió a plegarlo y lo guardó con cuidado en el segundo cajón, donde había otros trozos de papel de aluminio usado y una colección de bolsas de papel y de plástico, gomas y cuerdas.

Por último, sacó el cilindro plateado de óxido nitroso y la mascarilla de goma transparente, los limpió de... lo que fuera... y los guardó en sendas bolsas de la compra. Por la mañana se llevaría el cilindro y lo tiraría en una papelera cerca de la biblioteca, donde tenía que renovar el préstamo de un libro sobre rutas de aves migratorias. Y al día siguiente tiraría la mascarilla y el tubo en el cubo de reciclaje de alguna otra casa.

Le desagradaba tener que deshacerse de las pruebas. Le parecía un poco turbio. Lo que hacían los exiteros no era ilegal, por supuesto, de eso se había asegurado bien. Mientras no ayudaran de forma activa a los clientes, no los alentaran, no les proporcionaran el cilindro de óxido nitroso o, como lo llamaba Geoffrey, «el arma homicida»; mientras se limitaran a sentarse allí, a ser testigos del fin de una vida, no habría problema. El cliente moría rápido y sin dolor y, sin necesidad de implicarse directamente en su muerte, la familia se aseguraba de que su ser querido no había muerto solo. Todos conseguían lo que querían. A veces estafaban unas cuantas primas a los seguros médicos, pero, como una de sus condiciones contractuales

era evitar la prolongación innecesaria del sufrimiento, Felix tenía la conciencia muy tranquila. Aun así, habría sido una torpeza dejarse algo por allí que pudiera llevar a una mente recelosa a hacer preguntas incómodas sobre lo que, en principio, parecía el fallecimiento del todo previsible de un enfermo terminal. Y Felix Pink no había cometido una torpeza en toda su vida.

Abrió el armarito de la esquina. Tenía los cilindros de óxido nítrico detrás del pienso de la perra. Se los había proporcionado el cirujano maxilofacial cómplice que Geoffrey le había recomendado después de su tercer o cuarto encargo, el de la señora Casper, una mujer de aspecto afable que padecía alguna enfermedad neurodegenerativa. Para entonces, Felix ya había tenido ocasión de comprobar la facilidad y la delicadeza con que aquellos cilindros podían poner fin a una vida. Compraba uno cada cierto tiempo solo para asegurarse de que el sistema funcionaba correctamente. Algún día lo necesitaría y lo tendría allí. Más pronto que tarde, esperaba. Aunque no antes que Mabel, por supuesto, porque en aquellos tiempos de bichoncitos y perritos de aguas nadie quería adoptar a una mestiza vieja y desaliñada que disfrutaba rebozándose la cara en caquitas de zorro. Pero, cuando Mabel se fuera, entonces le tocaría a él.

La noche anterior le había dado cordero con verduras para cenar, así que más le valía no repetir carne roja esa noche. Una delicia de atún, quizá, o un paté de pollo. Estiró el brazo para poder leer los ingredientes del paté y le decepcionó comprobar que contenía solo un siete por ciento de producto cárnico. «Producto cárnico.» Con esa terminología, no le habría extrañado que parte de ese siete por ciento ni siquiera fuera pollo. Pensó en lo poco que debía parecerse al pollo aquel «producto cárnico» para que sus fabricantes lo llamaran así en vez de especificarlo claramente en la etiqueta.

Mabel empezó a darle golpecitos con el hocico en la pantorrilla.

—Vale, vale —dijo él vaciando la delicia de atún en el cuenco y colocándolo sobre el mantelillo de plástico que impedía que se vertiera nada al suelo.

Cuando consiguió erguirse con el debido respeto a su cadera y volvió a mirar al suelo, Mabel ya se había zampado la delicia de atún y lo miraba expectante desde abajo. Felix la ignoró y subió despacio al dormitorio que compartían para guardar la gabardina azul marino. Sería la última vez que se la pusiera ese año, a menos que llegara de pronto una ola de frío.

Estuvo un rato plantado delante del armario, con las puertas abiertas, examinando con pragmatismo su guardarropa. Hacía tiempo que no lo renovaba: se había comprado el último paquete de tres calzoncillos hacía un año y con los calcetines que tenía aguantaría hasta el fin de sus días. ¡Qué sensación tan extraña la de saber que sus calcetines lo sobrevivirían! Aunque ya le había pasado con otras cosas, claro: la última casa, el último coche... Se preguntó si sería capaz de valorarlo con elegancia, lo bajo que caería. ¿La última lata de espuma de afeitar? ¿El último frasco de mermelada? A veces pensaba si su último pensamiento antes de morir sería que el cuarto de litro de leche que dejaba en la nevera se iba a poner malo.

Disponía de tres trajes: uno de mezclilla, uno de raya diplomática azul marino y otro negro; cinco camisas: cuatro blancas y una muy triste de cuadritos que supuestamente era para actividades al aire libre, aunque él solo se la ponía en el jardín; dos pantalones de vestir: uno gris y otro marrón; tres corbatas y tres pares de zapatos, a saber: unos de vestir marrones, unos fúnebres de resplandeciente color negro y unos mocasines que no sabía bien por qué había comprado y que no se ponía jamás porque detestaba los mocasines de cualquier tipo.

Colgó la gabardina azul marino de la barra, al lado de una cazadora beis.

Felix estaba en paz con casi todo su guardarropa, pero la cazadora beis aún lo perturbaba. La había comprado Margaret en Marks & Spencer hacía años y, aunque no le había dicho nada, lo había horrorizado. Tampoco es que él fuera muy atrevido, pero en su vida se le habría ocurrido ponerse algo tan serio, algo tan de señor mayor.



Llevaba decenios viendo a señores mayores con cazadoras como aquella, a menudo con boina y bastón a juego. Creía recordar que su padre tenía una igual y posiblemente su abuelo también. Que Margaret, por lo visto, lo hubiera considerado un atuendo apropiado para él a los sesenta y cuatro años le había dolido un poco.

¡Lo malo era que ahora se la ponía muchísimo! Era calentita, pero no daba calor. Se podía lavar a máquina, se secaba en un pispás y quedaba como nueva. Además, le iba bien con todo lo que tenía y, de alguna manera, conseguía que lo elegante pareciera informal y lo informal más elegante. Por principios, llevaba diez años buscando algo más adecuado con lo que reemplazarla cuando por fin se estropeará, pero ¡no se estropeaba nunca!, y él era demasiado de su generación para pensar siquiera en deshacerse de ella cuando seguía estando en perfecto estado, aunque sufriera una crisis existencial cada vez que se la ponía.

Cerró la puerta del armario y bajó al salón a ver el *Cifras y letras* grabado de esa tarde.

Mabel ladró para comunicarle que necesitaba ayuda para subirse al sofá. Margaret nunca la había dejado subirse al sofá, pero, tras su muerte, Felix se había dicho: «¿Por qué no?». Con un chasquido de huesos, se levantó a ponerla en el cojín de al lado, pero antes de que le diera tiempo a agacharse ella se plantó de un salto en el sofá y se instaló rápidamente en el sitio calentito que su dueño había dejado.

—¡Fuera de ahí, Mabel! —le ordenó muy serio, pero la perra lo ignoró—. ¡Venga! —la instó con un empujoncito—. ¡A tu sitio!

Mabel se hizo la muerta en todos los sentidos, salvo por el ojo que estaba poniendo en blanco, y Felix suspiró. Por eso Margaret no la dejaba subirse al sofá. Una cosa más en la que su mujer tenía razón. Mabel era una perra muy tozuda y jamás se rendía en aquella batalla en particular. Lo único que le impedía alzarse vencedora siempre era el hecho de que su dueño estaba capacitado físicamente para cogerla en brazos y trasladarla. Sospechaba que, si Mabel hubiera tenido esa misma capacidad, en esos momentos él estaría vien-

do el programa desde el jardín, con la nariz pegada a la ventana del salón.

La dejó donde estaba y, en vez de ver la tele, fue a la cocina a terminar el puzle. Como siempre se había creído bueno haciendo puzles, se había lanzado a por uno difícilísimo de dos mil piezas: un paisaje nevado con renos titulado *Páramo helado*. Y había sido un desastre. Los renos no habían supuesto problema y los tenía casi enteros; la nieve, en cambio, sí. Había conseguido completar las cuatro esquinas y casi todos los bordes, además de varios trozos de nieve blanca o cielo azul que le habían encajado más por suerte que por criterio, pero la práctica totalidad de la nieve y de la hierba amarilla estropajosa seguían en la caja, en una tentadora tundra. Llevaba con el puzle cerca de seis meses ya y rara vez encajaba más de un par de piezas al día. Había apuntado demasiado alto, pero le fastidiaba rendirse.

Cogió un trozo de mata. Aunque era idéntica a otro centenar de ellas, sabía que se trataba de la misma con la que llevaba semanas obsesionado. Había explorado minuciosamente todas sus posibilidades, se había inclinado sobre la imagen de la caja con una lupa para hacer coincidir hasta el detalle más minúsculo, la hierba pelona y seca, la nieve blanca y lisa de la base, y sin embargo aquella mata parecía de otro puzle. Aun con todo, pasó quince minutos dándole vueltas antes de dejarla a un lado para el día siguiente y de coger alguna otra del montón del cielo, azul claro, sin nada distintivo, con tres huecos y una punta. Desconocía el término correcto para los huecos y las puntas, si es que lo había, pero él los llamaba así: huecos y puntas. Claro que daba igual, porque estaban todos donde no tocaba y el tono de azul tampoco coincidía del todo.

En la caja ponía que era un puzle para mayores de ocho años. Resopló al verlo.

Sonó el teléfono y Felix chascó la lengua y miró ceñudo el reloj. Eran más de las nueve, así que solo podía ser Geoffrey. Incluso antes de las nueve, rara vez lo llamaba nadie, salvo comerciales, que ahora

solían ser máquinas. Casi echaba de menos los viejos tiempos en que podías colgarle a una persona de carne y hueso.

—¿Rob...? —dijo Geoffrey—. ¡Chris lo deja!

—Eso me ha dicho.

—¡Qué mal! No podemos permitirnos perder gente. Hay mucho que hacer.

—Ah, ¿sí? —dijo Felix algo sorprendido.

—Desde luego. Estamos desbordados.

—¿Desbordados?

—Ya te digo —confirmó Geoffrey—. Recibimos veinte llamadas a la semana.

Le extrañó que Geoffrey se considerara «desbordado» con una cifra tan baja, sobre todo sabiendo que no todos esos clientes serían aptos. La labor de los exiteros consistía en acompañar a los enfermos terminales a los que el dolor les hacía la vida insoportable. Geoffrey le había dicho hacía tiempo que lo suyo no era facilitarle la tarea a cualquiera que estuviera «un poco harto de todo».

A Felix lo desanimaba que hubiera tan poca demanda de sus servicios, pero tampoco es que se anunciaran en las páginas amarillas. La suya era una labor discreta a la que se accedía solo mediante un cauto boca a boca. Funcionaba gracias al instinto, la confianza y el secretismo, y que solo recibieran veinte llamadas a la semana debía de significar que había una demanda mucho mayor.

Así que atemperó su desánimo y preguntó:

—¿Y cuántos exiteros somos?

—Siete —contestó el otro—. Ahora seis.

Aquello sí que lo dejó pasmado. No tenía ni idea de que fueran tan pocos. Nunca había dado importancia a las cifras; pero, si le hubieran pedido que adivinara cuántos eran, habría dicho que al menos un centenar de personas con un mismo propósito repartidas por todo el país. Claro que habría errado estrepitosamente. Por alguna razón, se había creído siempre una pequeña parte de una red mucho mayor. Una pieza del engranaje de una gran máquina. No un acora-

zado ni un caza, claro, pero sí una locomotora de vapor, quizá, o un reloj de campanario. Resultaba bastante decepcionante descubrir que más bien era un muelle de una tostadora.

Además, le fastidiaba un poco que Geoffrey lo llamara Rob si solo tenía que recordar el nombre de siete valiosos soldados de primera línea.

Ahora seis.

Pero entonces cayó en que, aunque Geoffrey recordara su nombre, sería John, que tampoco era el de verdad, así que se ofendió y lo perdonó en cuestión de segundos. Eso se le daba bien. La vida le había dado tantos disgustos grandes que le resultaba mucho más fácil perdonar los pequeños.

—Te sorprendería saber lo complicado que es encontrar voluntarios nuevos —dijo Geoffrey suspirando—. Muchísima gente respalda lo que hacemos, pero muy pocos quieren hacerlo. Y muchos de los que sí quieren hacerlo no son... aptos.

—Supongo —contestó Felix.

—Ya te digo —espetó el otro—. Hay que andarse con muchísimo cuidado.

—Por supuesto. Entonces, ¿quién va a trabajar conmigo ahora?

Los exiteros siempre iban en pareja, según Geoffrey, para ofrecerse apoyo moral, pero Felix, que aún tenía mentalidad de contable, imaginaba que era para que nadie robara nada. Él había trabajado casi siempre con Chris. Solo en su primer caso lo habían emparejado con una alegre mujer de mediana edad que se llamaba Wendy y que, por lo visto, había muerto poco después. Se había atragantado con un caramelo durante una clase de yoga, le había dicho Geoffrey, y a Felix le había parecido tan raro que debía de ser cierto.

—Lo arreglo y te digo algo.

—Gracias, Geoffrey.

—Buenas noches, John.

Felix colgó y gritó hacia el salón:

—¡Al jardín, Mabel!